

8 SANTOS

SONIA PERICICH

— I —

“NUNCA DIGAS NUNCA”

Dárbona nunca fue una ciudad muy alegre.

La gente allí parecía limitarse a vivir como sus padres o abuelos les habían enseñado, sin aventurarse, sin correr riesgos, sin sobresaltos.

Si bien las tradiciones a nivel mundial no les eran ajenas, cumplían con ellas casi como por inercia, por una mezcla de obligación y “qué dirán” más que por respeto o creencias firmes. Así mismo, existía entre sus habitantes cierto interés en competir que hacía que dichas tradiciones parecieran ser disfrutadas, mostrando sonrisas enormes en las fotos familiares frente a las viejas casas adornadas como para recibir al fin del mundo, mientras se maldecía por dentro por el tiradero que habría al día siguiente y la cantidad de dinero gastado en una sola noche.

Dárbona era una ciudad típica con gente típica, bastante anticuada. A simple vista podría pensarse que era mucho más que eso y quizás deslumbrar y conquistar a algún viajero en busca de echar raíces, sin embargo su brillo se desvanecía con el correr de los días, hasta mostrar su rostro amargo y aferrado a la intolerancia, con sus cejas arqueadas en señal de amenaza o su boca torcida por la repugnancia.

Por supuesto que había oro entre sus piedras, siempre hay ovejas negras dispuestas a revolucionarlo todo, pero por aquel momento eran tan pocas que ni juntándose podrían haber hecho algo para cambiar el curso de las cosas. O al menos eso era lo que ellos creían.

Durante el día la rutina dominaba sus calles, silenciosamente, con aire de triunfo y de estabilidad. Si uno se sentaba en la plaza central al amanecer, podía escuchar a Don Alberto, exactamente a las 7:48 a.m., abrir la reja de su casa para recibir a Mirta, la mujer que lo ayudaba con las compras y la limpieza. A las 8:15 a.m., Pedro ponía en marcha su auto y lo sacaba a la calle, luego de dejar pasar a Carola, que sacaba a su perro de raza a hacer sus necesidades como cada mañana.

En la noche sus calles en penumbras le recordaban a uno historias como "*Jack El Destripador*" o "*El Jinete Sin Cabeza*", sin embargo nada sucedía; sus calles, casas y paisajes parecían estar siempre dormidos, inmunes, inamovibles, ajenos al peligro que creían inexistente.

Así como sus calles, su gente también se sentía en penumbras muchas veces, como si un aura oscura las cubriera de tristeza o de sencillo aburrimiento.

En zonas alejadas aún se mantenían erguidas ciertas ruinas de civilizaciones pasadas, como si la ciudad se resistiera a desprenderse de su historia, sumida en una

eterna melancolía de hiedra colosal y fría piedra. Un gran lago, muelles y densa vegetación, a su vez convertían a Dárbona en un lugar atractivo para el buen observador, y por eso cada verano se convertía en un estupendo destino turístico para los amantes del aire libre y las fogatas en la playa. Estar rodeado de montañas le daba también una temperatura majes-tuosamente perfecta durante todo el año, así que en pleno invierno también llegaban algunos turistas a visitarla para disfrutar de la nieve de sus picos albos.

Por supuesto, a pesar de aferrarse con uñas y dientes a su pasado, Dárbona no pudo escapar de la urbanización. Tanto turismo exigía entretenimiento, hoteles y comercios oportunistas en demasía. Pero ante el recelo de sus habitantes hacia los desconocidos, se había decidido limitar esta zona y mantenerla alejada de la aburrida pero segura rutina que les daba la tranquilidad de no sentirse invadidos.

¡Ah! pero en las noches, sin importar cuánta gente foránea invadiera sus hoteles, todo se cubría de una oscura y tibia pena, acompañada con típicas nieblas y sonidos lejanos, de esos que nos hacen escuchar nuestros latidos y respirar con dificultad. Como si una sirena imaginaria anunciara un toque de queda obligatorio, Dárbona se dormía profundamente poco después de esconderse el sol.

Y hasta aquel verano, como he dicho al principio, nada raro sucedía.

Hasta aquel inquietante y fatídico verano.